

**E**l olor del viejo armario me convirtió en una mujer un tanto maniática, obsesionada con cerrar las puertas, con hurgar en los cajones en busca de antiguas fotos que un día había guardado en ellos con esmero. La de mi madre sacudiendo el único limonero que había en el patio de casa y yo de pie a su lado con los ojos brillantes. La de mi padre con su uniforme militar, bien afeitado y con la mirada viva. La de mi hermano Hussam, sonriente con su uniforme de colegial, llevando en brazos a nuestro hermanito Humam, envuelto en sus mantillas azules. Otra foto mía, vestida de negro de pies a cabeza, con el rostro redondo enmarcado por el velo negro y el cuerpo completamente ausente. En segundo plano, una imagen desvaída que el fotógrafo había colgado en la pared del estudio al que me había llevado mi padre y que representaba a unos cazadores persiguiendo con sus perros a una gacela que huye. Mi padre respondía a la curiosidad del fotógrafo farfullando vaguedades. El fotógrafo me cogió de la mano y me hizo sentar en una silla de madera, me habló amablemente y me pidió que clavara la vista en su pulgar, levantado junto al objetivo de la cámara. Luego me dijo: «Sonríe». Yo no sabía cómo hacerlo, miré a mi padre para

solicitar su permiso antes de volver la mirada hacia el pulgar del fotógrafo, que no dejaba de pedirme que sonriera. Al final esbocé un amago de sonrisa. Aún recuerdo el disparo de la cámara y la majestad del momento como si saliera en este preciso instante por la puerta del estudio, que despedía un intenso olor a naftalina procedente de los viejos uniformes de oficial colgados en las perchas, junto a harapos de campesinos, sombreros mexicanos y una indumentaria completa de vaquero, parecida a la de Terence Hill en *Le seguían llamando Trinidad*. Y mi manita cobijada en la palma de mi padre, que me agarraba con fuerza para no perderme en el tropel de la calle Tlal.

Jamás dejé de buscar el olor del viejo armario en la habitación que me había reservado Mariam, mi tía la mayor, que, sentada frente a mi padre, intentaba convencerlo de que me permitiese vivir con ella y con mi otra tía, Safah. Dijo que se sentían demasiado solas después del fallecimiento de mi abuelo y de mi abuela y tras la boda de mi tía más joven, Marwa. Mi padre accedió, si bien puso unas condiciones de las que no me enteré. Mariam las aceptó y empezó a reunir mi ropa, mis libros y mis cosas dispersas por el cuartito que mi padre había construido en el patio de nuestra casa, cerca de la cocina, cuando dos pequeñas protuberancias hicieron su aparición en mi pecho y me volví aún más seria y menos parlanchina.

De la casa de mi abuelo, me gustaban la habitación de techo alto, los horarios estrictos de las comidas, las visitas regulares al hammam las tardes de los jueves y a casa de *haya* Radiya las de los viernes, como un ritual cuya utilidad se me escapaba. Al principio me exasperaba la cacofonía de las mujeres que recitaban después de *haya* Radiya, me ahogaba en aquel cuarto atestado, pero nunca me atrevía a huir. Más adelante, el olor a transpiración mezclado con el perfume de las mujeres me ponía melancólica y las salmodias excitaban mis sentidos.

Durante mi primer año en la gran casa, me perturbaba la inmensidad del espacio, casi me perdía entre las escaleras, las balaustradas de piedra y hierro forjado, las grandes estancias de techo alto decorado y pintado minuciosamente por aquel artista de Samarcanda a quien mi abuelo había recogido en uno de sus viajes en busca de alfombras persas. Mi abuela le cedió el piso superior durante los seis meses que vivió en casa. El hombre se despertaba a las cinco de la mañana, hacía las abluciones con mi abuelo, tomaba en su compañía el desayuno preparado por mi abuela y depositado en una mesita baja junto al pilón de la fuente, y luego lo acompañaba a la mezquita de los Omeyas.

Nadie conocía el verdadero nombre del samarcandés, que, en cuanto volvía de la mezquita, se metía en su habitación, preparaba los colores, limpiaba las brochas, cerraba los ojos y se abismaba con devoción en el éxtasis del dibujo que poco a poco había transformado los techos de las tres grandes estancias en verdaderas obras de arte. Se hizo célebre entre las familias ricas de la ciudad, que se lo disputaban para que decorara sus hogares; sin embargo, vivía retirado en casa de mi abuelo, con quien intercambiaba pocas palabras, y allí siguió hasta que se marchó a París con su mujer alepina y su hijo, en compañía de un oficial francés fascinado por las manos del samarcandés, del que afirmaba que con apenas nada era capaz de crear obras de arte inmortales. Los techos que pintó atestiguarán por siempre jamás su estancia en nuestra ciudad. Estaba agradecido a mi abuelo, que había descubierto su talento e intervenido para concertar su boda con la hija de Abbud al-Samadi.

Con mirada risueña y vestido con ropa nueva, el día de su partida vino a despedirse de mi abuelo, que lo estrechó entre sus

brazos y lo besó. «Es usted mi padre», le dijo el artista. Al cabo de un tiempo envió una carta desde París con su dirección y una fotografía —casi un milagro en aquellos tiempos— en la que aparecía con su mujer y su hijo en un gran jardín. Su mujer no llevaba velo y lucía un vestido de flores escotado que dejaba ver el nacimiento de los senos. Mi abuelo tendió la foto a su esposa riendo; esta reprobó la ausencia de velo y la tiró a la estufa de leña. Jamás volvió a evocar a la hija de los Samadi.

Veinte años más tarde, ella volvió con su hijo para visitar a su familia; vestía con suma elegancia y desprendía un intenso olor a perfume que molestó mucho a Mariam. El hijo del samarcandés quedó asombrado al ver nuestra gran casa, con las arcadas de piedra, las bóvedas interiores decoradas y las dos columnas corintias que mi abuelo había colocado a ambos lados de la puerta que llevaba a sus aposentos. Examinó el lugar y fotografió todos los rincones de la casa y los techos pintados por su padre, mientras su madre tomaba sorbitos de café con la desenvoltura de una verdadera parisina en compañía de mi abuelo. Este se mostró afectuoso y sonrió al oír lo que le contaba sobre el samarcandés, su hijo adoptivo, que seguía estándole agradecido por haberlo sacado de una miserable callejuela de Samarcanda para lanzarlo hacia el ancho mundo, como solía repetir a sus visitantes y a los alumnos a los que enseñaba el arte de la ornamentación. A mi abuelo lo regocijaba ver que aquella joven alepina había renunciado a la ropa negra, se había adaptado perfectamente a un nuevo entorno, había aprendido rápidamente el francés y trabajaba codo con codo con su marido, para quien ella constituía todo su universo. Juntos habían conquistado París con la determinación de una tortuga que escala una montaña escarpada.

A Mariam la cautivó el perfume del hijo del samarcandés, que se filtró profundamente en sus poros y en su corazón. Miraba al joven a hurtadillas, lo observaba con timidez, por temor a que alguien reparase en sus miradas embobadas mientras él se inclinaba hacia el suelo, ajustaba el ángulo de la cámara y examinaba la delicada armonía de la piedra, el nogal y los colores de las líneas, que en su mayor parte seguían siendo enigmáticas. Cuando se marcharon, mi abuela le dijo a su marido, sin mirarlo a los ojos, que se había mostrado demasiado tolerante con la hija de los Samadi. Mariam se sintió triste tras la partida del joven, pensando en el pecado que debía de haber cometido a su pesar.

Al igual que todas las mujeres de la familia, incluida mi madre, Mariam tenía el rostro redondo y la frente despejada, hermosos ojos verde claro y dedos largos y finos como una aristócrata de antigua stirpe siria.

En la espaciosa casa, yo me perdía en el laberinto de pasillos y en las tres inmensas estancias, me fascinaba el gran espejo colgado en la pared del cuarto de Mariam, cuyo ancho marco de nogal tenía esculpidas ramas entrelazadas, plantas trepadoras y rosas. Aprovechando su ausencia me deslizaba en la habitación para ponerme ante el espejo y examinar minuciosamente mi rostro y mi cuerpo, que estaba perdiendo su gracilidad y me quitaba el sueño, pues ignoraba que había empezado a cambiar y a entrar en el universo de la feminidad precoz. Safah, que había advertido mi metamorfosis, me trataba con dulzura, me hacía algunas observaciones, al contrario que Mariam, que se soliviantaba al verme plantada durante horas ante el espejo examinando mi cintura y mis senos, sin prestar la menor atención a los objetos fascinantes de su cuarto. Mandó que me confeccionaran un amuleto, me lo

colgó del cuello y me ordenó que no me lo quitara porque Satanás acechaba mi cuerpo. Me vigilaba con firmeza y dureza; mi dureza se nutría de la suya y mi mutismo se prolongaba.

Radwan el ciego era el único hombre ajeno a la familia que tenía permiso para entrar en el patio y moverse a su antojo por él. Era alto y delgado, siempre llevaba la ropa inmaculadamente limpia y las manos le olían al perfume que elaboraba en su cuartito, situado en un rincón del patio. Preparaba sus mixturas en botellas grandes, con ingredientes cuyas proporciones dominaba a la perfección, luego las trasvasaba a frasquitos que habían contenido penicilina y que, una vez cerrados herméticamente, vendía a sus clientes del barrio de Yallum, así como a los fieles que frecuentaban la mezquita de los Omeyas. Pregonaba su mercancía entonando bonitas canciones donde los versículos coránicos se mezclaban con invocaciones religiosas. Afirmaba que el perfume llamado Radwan el Ciego era conocido en todos los países árabes, y le enorgullecía explicar que unos comerciantes magrebíes habían hecho lo imposible por sonsacarle el secreto de cierta preparación que volvía a las mujeres dulces, seductoras y apasionadas en la cama. Se suponía que otro perfume proporcionaba a los hombres un atractivo y una virilidad a los que las féminas no podían resistirse. Delante de Mariam, afirmaba que dicho perfume era el que el Profeta había recomendado a sus compañeros, una mezcla muy precisa de flores raras del país de Sham.

Radwan comía con los demás ciegos de la mezquita de los Omeyas, que vegetaban alrededor del mausoleo de Zacarías y eran contratados como recitadores en las frecuentes conmemoraciones de los santos, los *mawlid*. Al anochecer, los otros volvían a sus casas, pero Radwan jamás abandonaba la mezquita, como si

hubiera nacido en ella y en ella fuera a morir, siempre silencioso, las pupilas en perpetuo movimiento, a modo de antenas que husmearan los colores y la alegría de las ropas de los fieles.

Un día mi abuelo se lo llevó a casa y le asignó una habitación que antaño habían ocupado los palafreneros y el cochero de la carreta de mi bisabuelo. Mariam se encargó de limpiarla y mi tío el mayor, Salim, sacó del sótano una cama de metal oxidado y un colchón de lana. Mi abuelo hizo oídos sordos a las recriminaciones de su mujer, para quien la llegada del ciego era una intrusión en la intimidad de la familia. No obstante, proporcionó los demás objetos necesarios para el dormitorio de un soltero. Radwan el ciego vivía feliz en aquella habitación, como un sirviente que gozaba de prerrogativas especiales. Formaba parte de la estructura familiar como un elemento de la existencia eterna y yo no podía imaginar la casa sin él. Cuando era niña, Radwan me sentaba en sus rodillas, sacaba de su armarito golosinas y muñecas de tela para regalármelas y me cantaba canciones infantiles con su hermosa voz. Yo me revolvía en sus brazos, hasta que finalmente me calmaba poco a poco. Cuando me fui a vivir a la gran casa, empecé a evitarlo y a tratarlo con displicencia, como habría hecho una dama con un subalterno. Él no protestaba, jamás se extralimitaba, comía en una esquina de la mesa de la cocina y luego desaparecía. Mariam nunca olvidaba el horario de sus comidas y él no faltaba a ninguna. Todos los jueves nos acompañaba al hammam, llevando el hatillo con nuestras cosas, y esperaba a la puerta a que saliéramos para acompañarnos en el camino de vuelta, que la contera de su grueso bastón conocía a la perfección. Caminaba delante de nosotras con la cabeza alta, el paso mesurado y seguro. Esta escena recurrente consolidó el prestigio de nuestra



familia en el barrio de Yallum, un lugar que jamás se había visto perturbado por los trastornos que habían sufrido las grandes ciudades.

Todos los jueves, después de la escuela, yo iba a casa de mis padres y comía con mi madre y mis dos hermanos, Hussam y Humam, a los que saludaba como a desconocidos y que me devolvían cortésmente el saludo como si fuera una invitada de paso. Mi madre me besaba sin efusiones y, mientras la ayudaba a preparar la comida, me preguntaba fríamente qué tal me iba y cómo estaban mis tías. En realidad no parecía esperar ninguna respuesta, convencida de que nada había cambiado en la gran casa que ella abandonara antes de cumplir los quince años. Por aquel entonces mi padre acababa de regresar de Alejandría, adonde se había marchado tras la unión con Egipto, contratado por un comerciante de pescado; mucha gente pone en duda esta versión de la historia y asegura que formaba parte de la camarilla de Abdelhamid al-Sarraj. Volvió a Alepo dos años después de la ruptura de la unión entre Egipto y Siria y, sin más preámbulos, pidió la mano de mi madre. Todo se había desarrollado con placidez, mi madre lo recordaba vagamente: un joven de torso abombado y mangas remangadas, que avanzaba despacio por la calle con gran suficiencia y sin mirar alrededor. Tras la boda mi madre se quedó en casa de mi abuelo mientras mi padre cumplía el servicio militar, que duró tres años y medio. Yo vine al mundo en ese intervalo y en realidad nadie se alegró de mi nacimiento; en la gran casa reinaba un ambiente morbosos, pues mi abuela estaba gravemente enferma y todos creían que no tardaría en reunirse con mi abuelo, fallecido siete años atrás. La dramática muerte del abuelo recordaba la de los grandes hombres que eligen cómo quieren vivir

y morir y prohíben a los demás que se ocupen de ellos durante su vejez, a la que mi abuelo se refería como «la otra cara del amor que el Señor profesa a los creyentes».

Renunció a seguir trabajando en la tienda, reunió en el salón a mis tres tíos, a Mariam y a mi abuela, y les anunció sucintamente que ya no era capaz de llevar los negocios y que deseaba pasar el testigo a sus hijos ante la posibilidad de una muerte repentina. Recomendó que se repartiera su herencia según la ley islámica. Dado que la casa correspondía a las hijas, ellas tendrían su usufructo de por vida. Mi tío Salim protestó al oír aquellas palabras pesimistas e intentó que se replanteara su decisión. Apoyado en el bastón, mi abuelo se echó a reír, ordenó a su mujer y a Mariam que pusieran la mesa en el comedor de las grandes ocasiones y que sacaran la vajilla de lujo, las bandejas y los cubiertos de plata. Mis tíos comprendieron su decisión una semana más tarde; una semana durante la cual luchó sobremanera por tenerse en pie y caminar como un oficial que pasa revista a sus soldados, sin aceptar la ayuda de nadie, excepto la de Radwan, para ir el viernes a la mezquita o realizar algunas pequeñas tareas. Jamás permitió que mi abuela lo atendiera como a un anciano, y le confió a Mariam: «La esposa no debe ver a su marido en sus peores momentos a fin de que solo lo recuerde con amor». Aquello duró cuatro años, durante los cuales Radwan únicamente se separaba de él al alba, y en ocasiones dormía en un colchón tendido en un rincón del dormitorio. Una noche, mi abuelo mandó a sus tres hijos que se presentaran a la mañana siguiente, porque quería visitar la ciudadela. Ellos discutieron su petición entre sí, pero no se atrevieron a poner reparos.

A las nueve seguían titubeando, pero estaban a punto. Mi

abuelo les pidió que lo ayudaran a levantarse y corrieron a sujetarlo, pero él los detuvo con un gesto y salió delante de ellos por la puerta principal, sostenido por Radwan. La gente del barrio se quedó boquiabierta al verlo avanzar al lado de un Radwan sonriente, como si fuera el único que comprendiera el sentido oculto del espectáculo. Mi abuelo se detuvo ante la entrada de la ciudadela, admiró la alta muralla y olfateó las piedras como si ajustara cuentas con el tiempo. Luego bajó al zoco cubierto, se mezcló con la multitud, aspiró el olor de la ropa, las telas, la arpillera, el oro y las mujeres apiñadas, se empapó del mercado centelleante de luces, las capas bordadas con hilo de oro en los escaparates, los motivos de las alfombrillas y las alfombras. Entró en Jan al-Gumruk y se detuvo en el umbral de su tienda, donde Jalil lo recibió con una sonrisa y lo abrazó antes de volver a su puesto en la puerta. Mi abuelo examinó largo rato las alfombras amontonadas en el local y luego, mirando a Radwan, dijo a mis tíos: «Una parte de todos vuestros bienes corresponde a este ciego, y si un día pasa necesidad, ¡responderéis ante Dios!». Salim rezongó y Radwan levantó la cabeza sonriendo y estrechó la mano de mi abuelo, que parecía feliz de ver la luz del día y de encontrarse con los comerciantes del zoco y sus antiguos clientes. Al cabo, tras haber respirado el aire y los ruidos del zoco, volvió sobre sus pasos con resolución y se detuvo en la mezquita de los Omeyas junto con sus hijos a la hora de la plegaria de mediodía. Radwan fue objeto de las chanzas de los otros ciegos, que entonaron un himno en honor de la buena suerte que había tenido su amigo.

De vuelta en casa, mi abuelo bromeó con su mujer y elogió a mis tías por los platos que habían preparado y dispuesto en la

gran mesa junto a la fuente. Toda la familia disfrutó de aquellos momentos privilegiados, las manos se cruzaban por encima de la bandeja de cordero relleno de almendras y colocado sobre una montaña de *frikeh*, sabroso trigo verde tostado y luego cocido con mantequilla árabe. Mis tíos trajeron a sus hijos, que estaban ansiosos por ver de nuevo a su abuelo, y a sus esposas, que no acababan de creer el milagro que más tarde disfrutarían divulgando por doquier. Finalmente mi abuelo se levantó de la mesa tras haberse enjuagado los dedos, entró en su habitación, se quitó el *abaya*, se acostó y entregó el alma.

Mis tíos contaron que el abuelo había dado un rodeo para pasar por el cementerio de los Bienaventurados antes de volver a casa y, tras admirar las diversas estelas, había señalado un espacio con la contera del bastón. «Enterradme ahí —dijo. Dibujó un rectángulo y añadió—: Aquí estaré cerca de mis antepasados y mis amigos.» Así había elegido su final con la ayuda de Radwan, que después del funeral desapareció y no se dejó ver durante cuatro días seguidos.

En aquella casa siempre se habían contado numerosas historias incompletas sobre las mujeres, los hombres y los milagros. Aquellos relatos me habían seducido y dejado cautiva de la luz que se reflejaba en la superficie de la fuente del centro del patio, a cuyo alrededor nos reuníamos para disfrutar de la fresca en verano. Sacábamos al patio todo lo necesario: la mesa, los asientos de mimbre y la radio, de la que Safah nunca se separaba. A lo largo del verano Safah tenía períodos de melancolía o de vivacidad cuyo origen nadie conseguía adivinar. Se pavoneaba con un vestido transparente que se subía por encima de las rodillas para regar las plantas y las piedras. Preparaba el café y lo saboreaba len-

tamente con la primera brisa del ocaso. Mariam reprobaba su desnudez, y el tono de su voz aguda rebosaba severidad y censura. Safah no respondía y, cuando su hermana la prevenía de la inminente llegada de Radwan, replicaba: «¡Pero si no puede verme!». Mariam proseguía: «Dios te ve desde el cielo», a lo que Safah aducía: «Dios nos ve siempre desnudas y en todas las situaciones». La disputa siempre concluía cuando Mariam abandonaba su máquina de coser Singer para sentarse junto a la fuente y tomar el café, tras lo cual reanudaba la lectura de la sura de José. Yo me fijaba en las arrugas prematuras de su frente, la dureza de su mirada y su manera de camuflar una ternura que, el día en que se manifestó bruscamente, a punto había estado de ahogarme. Con su austeridad y sus ropas negras, intentaba matar algo en su interior, sin conseguirlo. Jamás hablaba de ello y no dejaba escapar el menor indicio, lo sepultaba como en el fondo de un pozo abandonado. Yo trataba de interrogarla, hacía acopio de fuerzas y palabras para formar una frase, pero empezaba a balbucear y mi voz se perdía. Ella levantaba la cabeza y clavaba la mirada en mis ojos a la espera de lo que tuviera que decir, pero yo callaba y me volvía hacia el otro lado para evitar que nuestras miradas se cruzaran de nuevo.

El hijo del samarcandés había ido a despedirse de mi abuelo antes de volver a París. A Mariam se la veía ansiosa, flotando a merced de la fragancia que él desprendía. Feliz por aquella primera visita al país de su madre, el joven pidió que todo el mundo se pusiera en pie para una foto, un recuerdo que alegraría a su padre. Mi abuelo accedió. Todos los miembros de la familia miraron como alhelados hacia el objetivo y contuvieron el aliento. Omar parecía asustado, Mariam estaba como ausente. El joven sacó una

foto de mi abuelo de pie ante el membrillo, luego otra sentado en una silla de mimbre junto a la fuente, y por último una foto de grupo con su madre, la hija de los Samadi. Reinaba la alegría en todos, excepto en Mariam, que parecía hipnotizada y no lograba sacudirse su torpeza. Antes de la partida del hijo del samarcandés y su madre, mi abuelo fue a su habitación y volvió con un delicado tapiz que representaba a Omar Jayyam entre ríos de vino y poemas persas. El joven admiró aquella valiosa obra de arte, que mi abuelo había adquirido en una subasta en Estambul y que, según dijo, era digna del éxito de su hijo adoptivo. Todo sonrisas, acompañó a sus invitados hasta la puerta. Cuando el muchacho tendió la mano a Mariam para decirle adiós, esta ya había alcanzado el delirio y sus labios repetían: «Me has matado». Nadie reparó en su agitación, salvo mi abuela, que comprendió la desesperación de su hija, prisionera de un amor que no podía confesar. No hacía falta tratar de adivinar cuál era el objeto de esa pasión, pues desde la pubertad no había tenido a ningún otro forastero delante. Intentó acercarse a su hija para que se confiara a ella, pero Mariam se encerró todavía más. Su secreto era conocido por sus hermanas, que trataron por todos los medios de convencerla de que renunciara a tan absurdo orgullo.

Dos meses después de esta visita, llegó de París una carta con la firma del samarcandés, que se dirigía a mi abuelo como «Queridísimo padre» y le agradecía el recibimiento dispensado a su hijo y a su esposa. Le transmitía su inmensa gratitud por el tapiz, cuyo gran valor apreciaba. El sobre contenía también cuatro tarjetas postales: la primera, que era para mi abuelo, mostraba la catedral de Notre-Dame; la segunda, destinada a Mariam, representaba un paisaje con praderas verdes, fuentes, flores ama-

rillas, rojas y violetas, y la tercera era para mis tíos Bakr y Omar. La última era para Radwan, que lo había convencido de su gran maestría como perfumista, de modo que le enviaba una vista general de París con la dirección de las mayores perfumerías por si deseaba ponerse en contacto con ellas e intercambiar sus conocimientos. Adjuntaba además sus fotos, impresas en grandes tarjetas postales, que pasaron de mano en mano entre exclamaciones de placer. Radwan palpó las fotos y dijo que iba a ponerse en contacto con las fábricas francesas para ofrecerles sus creaciones y sus fórmulas secretas; buscó a una persona que le escribiera las cartas sin desvelar sus secretos ni apropiarse de ellos. Cuando llegaron a manos de Mariam, las fotos desaparecieron, y solo volvieron a aflorar a la superficie tras el fallecimiento de mi abuelo.

Mariam se instaló en la habitación de su padre después de decorarla a su gusto. Había hecho bordar los bordes de su nueva colcha, que llevaba un gran pavo real multicolor en el centro. Mandó tapizar los colchones, puso sábanas rosas y azules, pero también conservó numerosos objetos, como la silla de mimbre, la cómoda y el gran espejo. Colocó la foto de grupo en una mesita junto a la cama para mirarla todas las mañanas, al lado de la tarjeta postal enviada por el hijo del samarcandés. Radwan había llevado la foto y la postal a un carpintero que vivía lejos del barrio para que las enmarcara según las indicaciones de Mariam, y a menudo yo la veía quitar con mimo el polvo que se depositaba en ellas.

Mariam, que todavía no había despertado de su letargo, aprovechó el deseo de Radwan de iniciar correspondencia con los perfumistas franceses; durante mucho tiempo conspiró con él

en secreto sin conseguir resultado alguno. Le escribía cartas en árabe y se las leía. Él meneaba la cabeza en silencio para manifestar su insatisfacción. Añadía una frase aquí, suprimía otra allá, y Mariam escribía al dictado con entusiasmo. Si alguien los hubiera visto allí sentados, intercambiando puntos de vista y levantando la voz, jamás habría imaginado qué vínculo había entre ellos, con Radwan vociferando que estaba en juego su futuro internacional y que no había que tomarse a la ligera el estilo de la carta, y que proseguía diciendo que los franceses apreciaban la precisión. Mariam rasgaba la hoja y aguardaba las palabras de Radwan, que recuperaba la calma al recordar que estaba increpando a su jefa. Se disculpaba, se ponía soñador y acto seguido empezaba a dictar de nuevo el principio de un conjuro que tenía en la cabeza, antes de recordar que se trataba de una carta dirigida a una compañía francesa. Se echaba a reír y le hablaba a Mariam del francés que lo había invitado a su casa para que recitara los himnos del *mawlid* ante unas francesas sentadas en sillas cuyo respaldo de madera de nogal llevaba grabados los noventa y nueve nombres de Dios. Tras recompensarlo generosamente, el francés lo había llevado en coche de vuelta a la puerta de la mezquita con grandes muestras de respeto. Radwan volvía a centrarse en la redacción adecuada de la carta y en la fórmula del perfume que le había encargado Mariam. Poniendo a Dios por testigo, habían acordado guardar la cuestión de las cartas y del perfume como un secreto personal, que fue bautizado como «El contrato del Ciego y de Mariam». Más tarde Radwan lo redujo a una sígla, «Contrato C & M».

Mariam solía prevenirme contra el cuerpo, que, según ella, constituía una mancilla y un pecado. Sus palabras penetraban en



mí como una verdad irrefutable y yo me protegía del pecado llamado cuerpo, detestaba mis senos, que despuntaban con firmeza y de los que surgían los pezones oscuros, intentaba disimularlos con un sujetador rígido que Mariam había confeccionado con satén forrado de cartón. Al liberarlos, los tocaba y sentía un extraño placer. Cuando veía a mis compañeras de clase bajarse el sujetador para exponer los senos al aire y al sol en el patio de la escuela, o para seducir a los chicos que se apelotonaban en el camino de los colegios de chicas, montaba en cólera, evitaba mirar sus gestos ignominiosos y prestar oídos a sus conversaciones. Describían las posturas sexuales con ardor y nombraban abiertamente las partes íntimas. Fatima, que era una de las más audaces, intentaba acercarse a mí, pero yo huía de la obscenidad de sus palabras y del olor de su transpiración para refugiarme en el grupo de Dalal e intercambiar libros de papel amarillento con sus miembros.

Dalal, a quien la ropa negra daba un aspecto digno y respetable, tenía el cuerpo macizo y la voz fuerte, y soltaba órdenes firmes y breves. Nos tenía dominadas, y sus cuatro seguidoras nos maravillábamos al ver que nuestra capitana no dudaba en agarrar del pelo a cualquier muchacha que intentara burlarse de nuestra reserva y de nuestras prendas negras. Afirmaba que las mujeres eran una amalgama de inmundicias ambulantes y, como no encontraba una expresión lo bastante concisa y equívoca, lanzaba frases deshilvanadas y yo asentía a todo cuanto decía con la esperanza de ganarme el paraíso.

Para la habitación que me había asignado Mariam elegí una decoración que siempre trataría de reproducir: la cama metálica de estilo mameluco, el colchón de lana, las sábanas inmaculadas y perfumadas, la vieja mesilla de madera sobre la que extendía un

tapete bordado para ocultar los defectos de la decrepitud, una silla cuyo respaldo tenía labradas una serpiente y una mariposa que no sé cómo había reunido el artesano, el armario con mi ropa y unos estantes para mis libros. El máspreciado de mis objetos era una pequeña alfombra persa que procedía del ajuar de mi abuela. Era la parte que me correspondía de las alfombras reservadas para las mujeres de la familia. Me gustaba su ornamentación y, como temía estropearla con mis pasos, la había colgado en la pared y había puesto en el suelo una alfombrilla multicolor de bordes raídos. A Mariam le pareció bien que hubiera colgado la alfombra en la pared. Mi cuarto daba al patio, y desde mi ventana veía el reflejo de la luna plateada en la fuente; el espectáculo me fascinaba. Mi dormitorio constituía todo mi universo, me sentía apegada a sus menores detalles; había decorado las paredes con cuadros que había pintado durante mi largo período de mutismo. Había perdido el apetito y pasaba horas sentada en una silla, con la vista clavada en las esquinas del alto techo.

A la vuelta del hammam, Safah se encerraba en su habitación, se quitaba la ropa y se untaba en el cuerpo una crema de color rosa mezclada con el perfume, que guardaba con gran cuidado envuelto en un camisón transparente. Luego se ponía un camisón y una capa marroquí que camuflaba su silueta y se dirigía a la sala de estar, pues se negaba en redondo a ayudar a Mariam a preparar la cena del jueves. Cenábamos en silencio y después Safah volvía a su cuarto, del que no salía hasta la mañana siguiente. Mariam leía la sura de José, como todas las noches, hasta las once en punto, hora en que se metía en la cama. No comprendí el secreto de Safah, por qué se retiraba de nuestras veladas de los jueves, hasta años más tarde, cuando empezamos a hablar libremente de

los hombres que no veíamos y del placer del que no disfrutábamos.

Mi abuela había abandonado el proyecto de casar a Mariam, que rechazó a tres pretendientes con el pretexto de que su madre había exagerado sus cualidades y su linaje. Les encontraba defectos imaginarios y echaba pestes de ellos antes de correr a refugiarse en su cuarto. Se desnudaba, envuelta en aquel extraño perfume que había tomado posesión de sus poros y que se desprendía de sus sueños y de su cuerpo tendido en la cama como un frío cadáver a la espera de la liberación y del calor de un hombre. Había luchado durante mucho tiempo antes de volver a representarse sus rasgos y describir su perfume a Radwan, quien, tras escucharla en silencio, se retiraba a su habitación para tratar de reproducir la fórmula del perfume, compuesto de aromas de manzanilla, anís y rosas. Volvía a empezar al día siguiente y tendía el frasco a Mariam, que tras olisquearlo se lo devolvía o lo tiraba a la basura sin importarle la exasperación de Radwan. Este mascullaba que Mariam despreciaba su saber y sus perfumes, antes de recordarse que ella le escribía las cartas dirigidas a la compañía francesa; que era la guardiana de su secreto y su jefa. Entonces se calmaba y escuchaba la lenta y meticulosa descripción que ella le ofrecía del perfume que la hechizaba.

Tras siete años de discusiones y de experimentos fallidos, Mariam se olvidó del asunto del perfume el día que Radwan le dijo, con una audacia a la que no estaba acostumbrado, que aquel olor era el del hombre al que amaba, no el de un perfume. Él, por su parte, se olvidó de la compañía francesa, que en una breve carta le había pedido que no volviese a molestar a su departamento de relaciones públicas, pues la muestra que les había

enviado, más que un auténtico perfume, era una mezcla boba de fragancias.

Mariam leyó la carta con cierta lentitud teñida de complacencia, repitió las palabras más de una vez, pero al final la entristeció ver la decepción dibujada en el rostro de Radwan y las lágrimas que inundaban sus ojos. Le cogió la mano, lo consoló tiernamente y lo siguió con la mirada cuando él se dirigió hacia su cuarto con la carta, tropezando en las losas, como si de repente hubiera perdido el sentido de la orientación. La carta, que nadie aparte de Mariam leyó, quedó como una prueba de la ingratitud del Occidente infiel para con un verdadero genio. Era lo que Radwan repetía a los otros ciegos cuando les llevaba a la mezquita los platos y la repostería que Mariam preparaba. Avanzaba con seguridad hacia el zaquizamí del jeque Abdeljabbar, que lo recibía y lo invitaba a sentarse a su lado en la cama. En cuanto llegaba al patio de la mezquita, lanzaba el grito convenido para avisar a los demás ciegos, que entonces acudían en tropel a la habitación. Olían de lejos los efluvios de los ricos manjares que llevaba Radwan, quien se apresuraba a responder a su regio recibimiento con un himno en honor del Profeta. Soportaba sus chanzas y sus mofas con indulgencia hasta que se dispersaban por las calles de la ciudad, ajenos a los transeúntes que se detenían para contemplar a aquellos nueve ciegos, divididos en tres grupos, que cuchicheaban en árabe clásico, reían a carcajadas o cantaban poemas de amor en honor de mujeres que poco se parecían a las mujeres reales.

Después de los ataques de angustia y de las obsesiones que me habían asaltado, y de las lecciones de Mariam sobre la pureza y el

cuerpo expuesto a las llamas del infierno a causa de sus pecados, en mi interior se desarrollaba algo indescriptible que me proporcionaba una serenidad como nunca había conocido. Me acercaba a la imagen luminosa, cuyas líneas cobraban nitidez día a día, de la casta creyente, profanada únicamente por el cónyuge legal que un día habría de llegar. Entre sus brazos sería una sierva obediente, reconocería su superioridad y le serviría como una esclava. Era la imagen que me había descrito Mariam con pasión y minuciosidad remitiéndose a los versículos coránicos, los relatos del Profeta y la vida de los santos. Me sentaba frente a ella cerca de la fuente cuando el aire refrescaba en las tardes de verano, o a su lado en el sofá en las veladas de invierno, o incluso pegada a su cuerpo durante las reuniones en casa de *haya* Radiya, cuya voz resonaba al ritmo de las panderetas cuando cantaba la historia de la santa mística sufí Rabia al-Adawiyya. Una pasión profunda se apoderaba de nosotras, las lágrimas se deslizaban por nuestras mejillas, nos mecíamos como las gráciles ramas de un álamo, transportadas en un largo viaje por caminos que conducían a ríos por los que fluía la miel, la leche y la dicha de la certeza. *Haya* Radiya cantaba y el sonido de las panderetas se me metía en los poros; yo sobrevolaba ciudades y casas, me purificaba, me posaba en los muros del paraíso y contemplaba a los santos que flotaban con su *abaya* inmaculada como gaviotas que planeaban sobre un mar de un azul vivo. Una inmensa dulzura me inundaba, me lavaba, me desnudaba, me aprisionaba en el sueño que me había obsesionado toda mi vida: el Profeta aparecía a lo lejos envuelto en su capa blanca, caminaba sobre las aguas serenamente, se acercaba a mí mientras yo me alejaba, me tendía los brazos, una nube de pájaros multicolores me rodeaba, su trino me recordaba el tintineo

del oro. El Profeta se aproximaba, el agua borraba la huella de sus pasos, yo me alejaba hasta la otra orilla para aguardar su llegada majestuosa. Oía resonar su dulce voz, cuyo eco me inundaba: «Acércate, mi pequeña devota». En cuanto yo obedecía, él alzaba el vuelo. Mariam afirmaba que se trataba de la puerta del cielo. «¡Pero si estaba volando!», le dije, y ella me respondió: «Por supuesto, emprendió el vuelo y ascendió hasta el cielo». Bañada en lágrimas, Mariam me bendecía y me recomendaba: «¡Guarda bien tus secretos!». Yo seguía su consejo, guardaba celosamente mis secretos y evitaba las conversaciones largas con Safah, pues me costaba mirarla a los ojos sin que me entraran ganas de contárselo todo. Ella, por su parte, me advertía de que no me dejara llevar por la pasión y por los rituales de *haya* Radiya. Por la noche venía a mi habitación, se tendía en mi cama, cogía un libro y luego otro, que no tardaba en abandonar. Parecía distraída, con la mirada perdida en el techo, el cuerpo lánguido, aspirando el silencio y la ausencia; al rato abría la puerta que daba al patio y se acomodaba en una silla junto a la fuente, como si esperara algo. En ocasiones se iba sola por la mañana para visitar a Marwa. Yo la oía discutir con Mariam, que le prohibía salir sola, la reñía, la acusaba de libertina y desvergonzada. Safah replicaba con unas pocas palabras secas y duras, se bajaba el velo negro sobre el rostro y desaparecía. Mariam se vestía a toda prisa y echaba a correr tras ella al tiempo que le ordenaba a Radwan que las siguiera. Así se desarrollaba el espectáculo que se había vuelto habitual en el barrio de Yallum: mis dos tías con sus largas túnicas negras que ocultaban la blancura de su cuerpo hasta la yema de los dedos, y Radwan siguiéndolas en silencio. Nadie veía las lágrimas de Safah bajo el velo negro. Mariam caminaba como si siguiera una línea recta,

nunca se volvía, su cabeza parecía orientada hacia un punto fijo en el horizonte. Yo me quedaba sola en la casa solitaria. De pronto me entraban ganas de explorarla. Entraba en la habitación de Mariam y me plantaba ante el espejo para observar mi rostro y las partes de mi cuerpo impuro. Detestaba mis senos, erguidos como los cuernos de una gacela, deseaba que no sobresalieran tanto y me preguntaba cómo moría el cuerpo, cómo morían los pezones, los poros y los deseos. ¿Cómo encontraría la ocasión de avanzar por ese camino luminoso que llevaba a la superficie del agua donde veía a Rabia al-Adawiyya surgir en busca de la faz de Dios? Extendía los brazos hacia ella, le imploraba que me condujera hacia la luz. Ella me tendía la mano, yo casi le tocaba la punta de los dedos, y me recorría un escalofrío que me sacudía de pies a cabeza. Le pedía que me bautizase con el agua sagrada, que me dejara a solas en la ribera de Dios. Un profundo silencio se instalaba entre nosotras y oía en la distancia el sonido de las panderetas que llevaban el ritmo con suavidad, se acercaban y se amplificaban a mi alrededor. A lo lejos entreveía fantasmas, esqueletos, rostros planos sin rasgos ni relieve. No comprendía el himno, la mano de Rabia al-Adawiyya era cada vez más tierna y más cálida, me sudaban los dedos, el éxtasis ascendía en mí como la savia de un árbol siempre verdeante. La caravana se acercaba a nosotras, Rabia seguía sumida en el silencio, yo veía sementales negros, seres sin rasgos, panderetas. Levantaba la vista para preguntarle, pero ella se hallaba inmersa en las invocaciones; el sentido de sus salmodias me resultaba ininteligible. Me llevaba de la mano y salíamos. Yo ignoraba si emprendíamos el vuelo o si sencillamente recorríamos las calles de nuestro barrio, invadidas por los aromas del tomillo y las especias.